

DISCÍPULOS MISIONEROS EN EL MUNDO DE LA SALUD

GUÍAS DE REFLEXIÓN Y ORIENTACIÓN PARA EL TRABAJO
DEL AGENTE DE PASTORAL DE LA SALUD

GUÍA N° 2



2013 AÑO DE LA FE

GUÍA No. 2

CONTENIDOS:

1. Reflexión sobre el Año de la Fe
2. Dios y el mundo del sufrimiento
3. La visita pastoral a los sufrientes. La escucha.
Lo que no debe decirse. Trabajo práctico No.1. Trabajo práctico No.2
4. Reflexión sobre el Año de la Fe
5. Acompañamiento pastoral al anciano
6. La UEAM. Trabajo práctico No.3

AÑO DE LA FE:

2º: LA FE UNIDA A LA SOLIDARIDAD:

El término solidaridad se utiliza para determinar la acción de compañerismo desinteresada y generosa hacia otro ser. Es decir que, solidaridad es la acción de una persona o un grupo que ofrece ayuda hacia otra persona o institución para poder cumplir un propósito u objetivo. La persona solidaria se une de alguna forma al propósito de la institución por lo que además de aportar su ayuda o unión a la defensa de esta causa, también deben aceptar el compromiso que puede conllevar el unirse a esta causa.

La solidaridad es un tipo de ayuda que se da sin pedir ninguna recompensa o pago por el hecho, es decir que la solidaridad es una ayuda totalmente desinteresada que se da a alguien para ayudar a cumplir un propósito justo y necesario. Es por esto que la solidaridad no debe hacer diferencia en la raza, religión, ni nacionalidad de las personas. Si a estos conceptos básicos que sirven para todo ser humano le agregamos la virtud de la fe, la solidaridad ya no puede ser simplemente una opción sino una vocación que nace del compromiso que asumimos en el bautismo. Cuando Jesús nos enseña la parábola del juicio final en el capítulo 25, 31-46, de San Mateo, deja entrever claramente la diferencia que existe entre ayuda solidaria solamente y ayuda solidaria cristianamente. "Lo que hicieron con el más pequeño de mis hermanos me lo hicieron a mí". En una sociedad tan marcada por el consumismo egoísta y la falta de compromiso con el prójimo más necesitado, debemos sin duda esforzarnos y mucho para no dejarnos arrastrar por la misma corriente; es importante revitalizar nuestra fe de cada día con los medios que la Iglesia dispone para sus hijos, sobre todo que sea una fe que vaya de la mano con el



compromiso de saber que nunca la fe es una virtud puramente individual y personal sino que esencialmente tiene la característica de ser comunitaria para que sea realmente cristiana. El Apóstol Santiago ya en las primeras comunidades planteaba este tema y hace notar claramente en el capítulo 2 versículo 14 de su carta la necesidad de mostrar una fe acompañada con las obras para que no sea una fe muerta. "¿De qué sirve si uno de ustedes, al ver a un hermano o hermana desnudos o sin el alimento necesario, les dice: Vayan en paz, caliéntense y coman y no les da lo que necesitan para su cuerpo?. Así también la fe si no va acompañada de las obras está muerta.

En la conocida Parábola del Buen Samaritano que es propia de Lucas en el cap. 10, 29 de su Evangelio, la fe unida a la solidaridad da un paso más trascendente e innovador. El hecho de que Jesús haya puesto a un Samaritano como ejemplo de solidaridad y compromiso, hace notar algo muy difícil para los oyentes de su época como también para nosotros hoy. El Samaritano era un enemigo odiado por los judíos y sin embargo, tiene misericordia con la persona asaltada por los ladrones. En una sociedad donde primaba la ley del talión: "Ojo por ojo, diente por diente" hubiera sido correcto que el Samaritano lo terminara de rematar y estaría cumpliendo con la ley, sin embargo la ley del amor a sus enemigos pudo más y Jesús terminó enseñando este aspecto totalmente novedoso: Todo hombre, aún mi enemigo, es mi hermano. ¿Difícil no? Pues no nos queda otra que pedirle al Señor que nos ayude a cumplirlo.

Algunas preguntitas para nuestra reflexión personal o grupal:

- La solidaridad que suelo practicar en mi vida de fe: ¿Es un hábito ya incorporado a mi fe y mi compromiso con Dios, o la practico para momentos puntuales y nada más.?
- Cuando me dispongo a ayudar a quien los necesita: ¿lo hago motivado por la fe y la solidaridad o por un mero compromiso social?.
- ¿Ayudo solamente a la gente que me cae bien o trato de practicar la solidaridad con todos?.

DIOS Y EL MUNDO DEL SUFRIMIENTO

El sufrimiento forma parte inevitable de la existencia humana. Está presente desde el inicio de la vida hasta su término; hay quien nace y vive con el sufrimiento, de tal modo que parece no tener nunca alivio, y hay quien lo tiene que afrontar de repente y en momentos particularmente difíciles de su existencia. A veces el sufrimiento se presenta en la fragilidad de la infancia, a veces en medio de una vida sin sobresaltos, a veces cuando las fuerzas declinan por obra de la vejez. Pobres y ricos, viejos y jóvenes, todos, en algún momento de la vida, somos golpeados por el sufrimiento en diversas formas y manifestaciones: pérdida de un ser querido, falta de incentivo para continuar viviendo, angustia, enfermedad física, pérdida de la capacidad laboral, desvalimiento por extrema vejez, son algunos de los rostros con que se nos presenta el sufrimiento.

Como seres pensantes y racionales que somos, siempre buscamos darnos razones de lo que nos sucede; también ante el asalto de alguno de esos males, queremos saber la causa por la cual nos vemos enfrentados al sufrimiento y el sentido que este tiene. A lo largo de los siglos, nos hemos ido dando diversas respuestas al problema del sufrimiento. El ejemplo más conocido es el caso de Job, personaje del AT, que siendo justo se ve asaltado por los más terribles sufrimientos: pierde todos sus bienes, pierde a sus hijos e hijas, y finalmente él mismo se ve atacado por una cruel enfermedad. Los amigos que lo visitan tratan de persuadirlo de que si tanto le toca sufrir es porque ha cometido graves faltas; pero él insiste en su inocencia, y considera su dolor como un misterio cuyo sentido no alcanza a comprender, pero que nunca lo lleva a "acusar" a Dios. De ahí en adelante, el hombre ha tratado de explicar de diversas maneras la razón del sufrimiento, que va de la mano con la presencia del mal en el mundo.

Sin duda, hay sufrimientos de los que el mismo ser humano es causa inequívoca. La violencia ejercida contra el hermano, el atropello al medio ambiente, el abuso de la tierra y de la vida que en ella se sustenta, los excesos de todo tipo (alcoholismo, drogadicción, imprudencia en las rutas, etc.), provocan sufrimientos que serían evitables. Pero hay otros que no dependen de la conducta del hombre; esos son los que nos quedan sin explicación, y son los que nos mueven a acusar a Dios con expresiones como "es su voluntad", "Dios así lo quiso", o peor aún "es una prueba que Dios me envía", o "por qué me estará castigando?". Dios es infinitamente misericordioso, y no se complace en poner a prueba nuestra debilidad, que le es perfectamente conocida; ni tampoco se comporta como un justiciero al modo humano, que castiga de inmediato a quien se aparta del camino recto.

¿Cómo explicarnos, entonces, el sufrimiento? En primer término hemos de aceptar que el hombre mismo es un misterio. Nuestra condición humana es de fragilidad e inestabilidad; todo en nuestra vida es cambiante, nada tenemos asegurado, somos vulnerables e indefensos. Esa es nuestra

condición de criaturas, y como tales somos imperfectas; porque solamente Dios es perfecto, y nosotros, creación suya, no podemos serlo. Toda la creación está sujeta al cambio y al desgaste, y nosotros, como parte de ella, también lo estamos.

Así, pues, nuestro "estar en el mundo" es sostenido por el Dios que nos creó. Pero ese mismo Dios es para nosotros un misterio insondable. Tratamos, con nuestra inteligencia limitada, de comprenderlo; pero nunca podremos abarcarlo con nuestro pensamiento, porque es infinitamente más grandioso de lo que podemos calcular.

Si no alcanzamos a explicarnos a Dios, y tampoco podemos aclararnos totalmente nuestro propio ser, tenemos que admitir que hay una zona de misterio que nos resulta insondable. En esa zona de misterio hemos de ubicar el sufrimiento. El teólogo Karl Rahner afirma que la única respuesta a la pregunta por el sufrimiento que él ve es que el misterio incomprensible del sufrimiento es una parte del misterio incomprensible de Dios. Dice A. Grün, maestro de espiritualidad: "Cuando me rindo al misterio inefable e inexplicable de un Dios al que no comprendo, en algún momento surge en mí un Dios que es totalmente distinto. Y entonces dejo de preguntar por qué Dios permite el sufrimiento. Simplemente miro hacia el oscuro abismo de Dios para descubrir allí la luz del amor que hace enmudecer mi cuestionamiento."

Jesús no desarrolló ninguna doctrina sobre el sufrimiento, ni nos dio ninguna pista teórica para conformarnos. Pero la respuesta a la pregunta por el sufrimiento la encontramos en su vida. Una primera respuesta la da al dedicarse especialmente a pobres, desvalidos, abatidos, oprimidos y enfermos. Jesús se siente enviado especialmente a los que sufren para anunciarles la Buena Nueva. ¿Qué les dice Jesús? Ante todo, les asegura la cercanía de Dios, la certeza de que no han sido abandonados por Él. En la dedicación y la ternura con que Jesús trata a los sufrientes puede experimentarse la gracia de Dios, su amor tierno por los pobres y desvalidos.

La respuesta más acabada al sufrimiento humano la dio Jesús al cargar sobre sí mismo el sufrimiento y transformarlo en expresión de amor. Dios no lo libera del sufrimiento, y tampoco nos liberará a nosotros de todo sufrimiento; pero nos fortalece, como a su Hijo Jesucristo, para que soportemos la oscuridad e incomprensibilidad de nuestro sufrimiento y lo transformemos en profunda experiencia divina. La muerte y la resurrección de Jesús muestran que no existe nada que Dios no pueda transformar, que no existe ninguna tumba en la que no reine la vida, ninguna oscuridad que no ilumine, ninguna miseria que no pueda cambiarse, ninguna desesperación que no pueda convertirse en esperanza. En la muerte y resurrección de Jesús podemos reconocer que no existe nada que nos haga separarnos del amor de Dios. Aun cuando Jesús es apresado, injuriado, torturado y asesinado cruelmente, nada puede quitarle su dignidad de Hijo de Dios. Lo mismo es para nosotros: no podemos escapar totalmente del sufrimiento; en algún momento de la vida nos alcanza, pero no puede quitarnos nuestra dignidad. Hay en nosotros un ámbito interior de silencio donde habita Dios y donde nadie puede lastimarnos, nada puede quitarnos nuestra dignidad de hijos de

Dios habitados por Él. Si bien el sufrimiento puede quitarnos la fuerza, puede hundirnos en la tristeza, no nos quebrará; en nuestro interior hay algo que no puede ser destruido: es el reino interior en el que Dios vive y reina en cada uno de nosotros. Jesús, el justo por excelencia, nos muestra que el sufrimiento no lo aparta de Dios y del camino recto. Él sigue su camino de fidelidad al Padre y de amor a los hombres hasta el final. Y rezando se entrega en las manos bondadosas de Dios.

En realidad, más que preguntarnos por la causa del sufrimiento, sería más productivo preguntarnos la finalidad, el "para qué" sufrimos; y esto nos llevará a plantearnos qué podemos hacer con el sufrimiento. Sin duda, cuando el sufrimiento nos desinstala de nuestras pretendidas seguridades, cuando nos vemos acorralados por el dolor e incapacitados para continuar con nuestra vida normal, es cuando estamos más permeables a la acción de Dios en nosotros. Darnos cuenta de que somos frágiles, de que nuestra omnipotencia era un engaño, nos pone cara a cara con la realidad más honda de nuestra existencia. Caen las máscaras, se diluyen las certezas, y nos vemos totalmente pobres y desvalidos; solamente nos queda una Roca firme en la que nos podemos sustentar: es el amor infinito de Dios, que nos abre sus manos compasivas para sostenernos aun en la mayor adversidad. De esta forma, el sufrimiento se vuelve fecundo y nos hace volver la mirada y las esperanzas hacia el Dios que siempre está con nosotros.

Este es el mensaje que de alguna manera debemos transmitir a los que sufren; pero no podremos hacerlo con efectividad si nosotros mismos no hemos experimentado en el sufrimiento la cercanía amorosa de Dios.

LA VISITA PASTORAL A LOS SUFRIENTES

La Biblia nos narra cómo Dios interviene en la historia de la salvación, visitando con frecuencia al pueblo. Estas visitas de Dios tienen su máxima expresión en la encarnación del Hijo de Dios; en Jesús, Dios se encarna para visitarnos y mostrarnos su inmenso amor. Jesús traduce a la perfección la solicitud de Dios por todos nosotros. Siempre está dispuesto a desplazarse para ir al encuentro de la gente, en particular de los que sufren. Jesús es el corazón de Dios en el mundo, un corazón presente, como en ningún otro sitio, al lado de los que sufren.

Hoy somos nosotros los que tenemos que mostrar al mundo el rostro tierno del Padre y testimoniar cuánto nos ama. El agente de Pastoral de la Salud visita a los que sufren como enviado por la Iglesia para continuar la misión misma de Cristo. Por eso, tenemos que hacer nuestra la pedagogía de Jesús, tomando la iniciativa de ir hacia el otro, de acercarnos a él, más que esperar que él dé el primer paso.

Para que la visita tenga realmente carácter pastoral, debemos mantener viva la conciencia del vínculo que me une al Dios que me envía como testigo suyo a los que sufren; de lo contrario, no tendría nada específico que ofrecerles en comparación con otros que trabajan en el mundo de la salud. Nuestra experiencia de Dios, nuestro testimonio de fe, es lo que da sentido a la visita pastoral y se convierte en riqueza para aquellos a los que encontramos en el camino del sufrimiento.

Es preciso que el agente de Pastoral de la Salud sea cuidadoso en su modo de relacionarse con los demás, porque precisamente a través de sus palabras y actitudes se transparenta la solicitud y la bondad de Cristo. Se trata de hacernos intermediarios entre el hombre que sufre y Dios, ayudándolo a encontrar sentido.

Los que sufren son capaces de distinguir rápidamente al verdadero pastor, que se acerca animado por la fe y por el amor, del se comporta más bien como un "funcionario" dispuesto a cumplir con una obligación de rutina, en la que no pone en juego su fe y su persona. Por eso, vamos a precisar algunos rasgos fundamentales para la visita pastoral.

La actitud acogedora: la presencia de Jesús en el mundo es el momento más intenso y expresivo del diálogo de Dios con el hombre. En Él conocemos lo bueno que es Dios y cuánto amor nos tiene para acogernos como a hijos suyos. Es muy importante, para el agente de Pastoral, sentirse acogido por Dios, sentirse aferrado por unas manos sólidas y confiables; así se adquiere el valor de lanzarse al exterior y de hacerse prójimo del otro sin temor al otro. La acción de Dios en el corazón del hombre es una presencia que da calor y fortaleza y, al mismo tiempo, es una llamada a hacer lo mismo. Así como Jesús acoge a niños y pecadores, a marginados y paganos, de la misma forma nos invita a acoger a todos los hermanos. Sabernos amados y acogidos por Dios nos abre el camino hacia el hermano

y nos llama a ser nosotros espacio de acogida cálida y fraterna para el prójimo; nos permite vivir la cercanía del "otro" sin miedo, sin angustia, sin sentirnos amenazados.

El contacto inicial: es conveniente presentarse de manera sencilla (dando a conocer el propio nombre), prestarle toda nuestra atención y demostrarle nuestro interés hacia su persona y su condición concreta; así se personaliza el encuentro y puede crearse un clima favorable al desarrollo de la relación. En esta fase inicial el agente puede observar el ambiente que rodea a la persona que visita (tal como el clima físico y los objetos particulares presentes: flores, periódicos, fotografías, rosario, Biblia...) y captar las informaciones que tal ambiente puede proporcionarle. Más importante todavía es observar a la persona misma: las expresiones de su rostro, los sentimientos que deja entrever, para utilizarlos cuando se considere oportuno, con el fin de alimentar el diálogo. No olvidar que cada uno tiene necesidad de ser aceptado tal como es y tal como se encuentra en su situación concreta. Quien es visitado necesita espacio y tiempo para comprender su situación y reaccionar adaptándose a ella.

Es necesario respetar los tiempos del otro, por lo que es recomendable fomentar cierta elasticidad en los encuentros, dejándose llevar por la observación y la lectura atenta de las circunstancias en que se producen. En los comienzos, se privilegian en la visita los aspectos humanos del encuentro, en la certeza de que Cristo ya está presente, aunque todavía no se lo reconozca explícitamente.

El agente de pastoral está allí para ofrecer, no para imponer su presencia ni sus puntos de vista. El visitante, además, tiene que poseer la capacidad de observarse a sí mismo y de valorar de qué modo su comportamiento y sus reacciones pueden favorecer u obstaculizar el diálogo.

Es sumamente importante no perder de vista que el agente de Pastoral no visita jamás a un extraño: visita una mansión habitada por Alguien que es solidario con la existencia de cada uno de nosotros. Cuando te acerques a alguien que sufre, pensá que estás pisando terreno sagrado; descálzate, es decir, dejá de lado tus prejuicios, tus deseos de éxito en la visita, y abrite totalmente a las necesidades de ese otro que es tu hermano.

El desarrollo de la conversación: los primeros minutos de una visita son fundamentales, porque suelen definir la tonalidad que tendrán los encuentros futuros. A menudo, en un primer contacto, la conversación se orienta hacia lo social: se habla del tiempo, de fútbol, de política, de las últimas noticias, como forma de explorar el terreno o para disipar un poco la ansiedad. Pero también puede ser un recurso para evitar un verdadero encuentro. A veces la persona que es visitada prefiere mantener el contacto a ese nivel, hablando de cosas que se refieren al mundo externo, no a su mundo. El problema surge cuando el agente no sabe captar y aprovechar las aperturas pastorales del paciente, y se limita a concentrar su atención en la conversación social.

Cuando se establece una conversación pastoral el diálogo se centra en el paciente; este habla de sus miedos, de sus condiciones físicas, de sus preocupaciones familiares, de sus necesidades religiosas y otros temas similares. La capacidad de captar esas inquietudes y de dar respuesta a ellas define el estilo pastoral. El agente procurará entrar en gradual sintonía con ese otro a quien visita, y crear un clima propicio para un intercambio sereno y profundo. Para ello es necesario ante todo ESCUCHAR al otro, dar cancha a su estado de ánimo para, luego, filtrar la luz del Evangelio y anunciar la Palabra que da vida.

La compañía espiritual que ofrece el agente consiste en adentrarse en las profundidades del otro, allí donde se encuentran sus valores, sus convicciones y su fe, con el fin de encontrar en él la presencia de Dios.

La conclusión de la visita: este es un último e importante momento. Hay agentes de pastoral que no ven el modo de poner fin a un encuentro; otros tienden a concluirlo demasiado rápidamente, otros a quienes el enfermo no tiene más remedio que despedir de la mejor manera posible; y otros, naturalmente, que saben calcular sabiamente el tiempo y la forma mejor de llevar a su término una visita pastoral.

Según las situaciones y las personas intervinientes, la visita pastoral puede concluirse con:

- un sencillo saludo formal
- la promesa de volver o de un recuerdo especial en la oración,
- una breve síntesis de los temas surgidos, subrayando progresos y metas;
- una reflexión personal sobre la conversación mantenida;
- una oración que resuma las preocupaciones y las esperanzas del visitado

RECORDEMOS que:

- Cada visita es una oportunidad para comunicar a Dios al que sufre
- Cada visita es una oportunidad para encontrar a Dios en el que sufre.

Jesús nos dio ejemplo de cómo encontrarnos con nuestro prójimo: amó con su mirada, curó con sus manos, escuchó las quejas de los atribulados, dio confianza a los afligidos, entró en el corazón de las personas y las guió hacia Dios.

LA ESCUCHA

Una de las mayores necesidades humanas es la de ser escuchado. En particular el enfermo o sufriente es una de las personas que más necesita ser escuchada, desea manifestar su malestar y se le debe proporcionar una oportunidad para ello. Así se disminuye la angustia, la persona se siente valorada, apreciada, fortalecida: "hay alguien que me quiere y por eso me escucha".

Saber escuchar es todo un arte, se cultiva con la práctica, con la reflexión y tratando de descubrir, cada vez con mayor claridad todo aquello que la promueve y todo lo que la obstaculiza.

¿Qué es escuchar?

Es un proceso psicológico que, partiendo de la audición, implica otras variables del sujeto, atención, interés, motivación, etc. Es un proceso mucho más complejo que la simple pasividad que asociamos al "dejar de hablar". Escuchar supone tener en cuenta que hay un mundo más grande detrás de las palabras y por lo tanto es querer penetrar en el significado que creemos que tienen para las personas que las pronuncian.

Escuchar es centrarse en el otro. Supone hacer callar el conjunto de voces que murmuran dentro de quien escucha. Es acoger las expresiones de la vida de la otra persona, es leer las páginas del libro de su vida que las ofrece con confianza si siente interés y respeto.

A la escucha sigue el responder, no sólo con palabras. Las actitudes y gestos son respuestas no verbales a la que se está escuchando.

Las primeras respuestas son de apoyo. Son expresiones y actitudes de acogida.

Actitudes: se expresan por el lenguaje no verbal, silencio atento, movimientos corporales (especialmente de la cabeza) dirección del cuerpo, expresión del rostro y contacto visual.

Expresiones de acogida: son expresiones breves casi siempre monosílabos que se intercalan en las pausas del comunicante para expresar cercanía, interés y disponibilidad tales como: "comprendo, ciertamente, claro, mmhum, ajá". Estas expresiones son muy importantes porque el que sufre se da cuenta que el canal de comunicación está abierto y que el visitador quiere comprenderlo.

¿Cómo se escucha?

■ Ante todo se escucha con toda la persona:

-con la propia mirada, sabiendo captar expresiones, reacciones y preocupaciones.

-con el "toque" humano, aprendiendo a descubrir donde hay necesidad de afecto y de calor y donde la intimidad de los gestos humanos desasosiegan a la persona.

-con el oído, sabiendo discernir, por el tono de la voz la intensidad de los sentimientos y el significado del mensaje y del lenguaje usado.

- Poniendo al otro y no a sí mismo en el centro del diálogo.

La verdadera escucha se da cuando el visitante entrevé y respeta "la agenda" del paciente, lo deja como protagonista del encuentro y sabe entrar en su mundo y mirar las cosas desde su perspectiva:

- .las experiencias (lo que está acaeciendo en su vida)
- .sus comportamientos (lo que hace o no logra hacer)
- .sus emociones (cómo reacciona emotivamente ante lo que sucede)
- . su espiritualidad (cómo interpreta los cambios en el contexto filosófico y religioso personal)

El agente de pastoral estará muy atento para respetar los tiempos y necesidades de la situación sin permitir que sus propias necesidades marquen el curso de la acción.

- La escucha se perfecciona cuando el agente de pastoral hace uso de una variedad de recursos para ofrecer una presencia más benéfica. Son particularmente útiles los siguientes:

- el silencio, como expresión de profundo respeto.
- gestos de afecto, que pueden decir más que muchas palabras.
- la sonrisa como instrumento de serenidad y consuelo.

Obstáculos a la escucha:

. la ansiedad: el visitante tiene dificultad para escuchar porque está preocupado por sí mismo (cómo soy recibido, qué le digo, etc)

. la superficialidad: el visitante tiende a cambiar frecuentemente le tema de conversación, carece de profundidad, y está a la búsqueda de informaciones en lugar de esforzarse por tejer un verdadero diálogo.

. la tendencia a calcular: el visitante está concentrado en resolver rápidamente las preocupaciones y problemas que el enfermo o sufriente está manifestando en lugar de terminar de escuchar la historia y las soluciones que el interesado está madurando.

. la tendencia a juzgar: se tiende a juzgar las situaciones según el propio punto de vista y a veces hasta se intenta imponer prejuicios personales que condicionan al interlocutor.

. la impaciencia: el agente de pastoral o el visitante interrumpe a los otros antes que hayan terminado de hablar, y cada vez que toman respiro

aprovechan para completar las frases de los demás, no soportan los silencios y las pausas.

. la tendencia a predicar: esto se traduce en encuadrar todo en una perspectiva religiosa, recomendar una receta para cada mal, ofrecer consejos no solicitados y sugerir soluciones aún antes de conocer a fondo los problemas.

. la distracción: a veces la mente de quien escucha se centra en algún aspecto y pierde el desarrollo sucesivo del diálogo.

. la pasividad: el visitante no contribuye a la animación del diálogo, acepta pasivamente todo lo que se dice sin cuestionar cuando es necesario.

. la tendencia a seleccionar: el agente opta por responder únicamente a aquellos mensajes en los que se siente cómodo y deja pasar a aquellos que le provocan mayor esfuerzo en la respuesta y que por ahí es lo que más le interesa al que es escuchado.

Para finalizar puede decirse que ¡cuánto más se escucha, más se da cuenta de cuánta necesidad hay de escuchar! Y más se aprende a escuchar!

LO QUE NO DEBE DECIRSE:

- * Es la voluntad de Dios
- * Dios nos manda solo aquello que podemos soportar
- * Dios pone a prueba a aquellos que más ama
- * Dios hace lo que más nos conviene
- * Jesús también sufrió ¿Por qué vos no?
- * Dios se lo ha llevado. Lo necesitaba junto a Él
- * Los designios de Dios no son nuestros designios
- * Dios no cierra una puerta sin abrir una ventana
- * Cuando te quejás de Dios demostrás poca fe
- * La enfermedad es un mensaje que Dios envía para que cambiemos de vida
- * ¡Ánimo, otros están peor!
- * El destino lo ha querido así
- * Hemos nacido para sufrir
- * Sé fuerte. No llores
- * El tiempo cura todas las heridas

TRABAJO PRÁCTICO No. 1

UNA ENTREVISTA PASTORAL

Agente Pastoral: Buenas tardes, ¿se puede pasar? (María y su compañera están acostadas) ¿Cómo han pasado el día? (María mira a su compañera y los ojos se le humedecen. Al ver esto me siento en su cama, le tomo la mano y la observo fijamente sin decir nada. Sus ojos me lo decían todo: hoy está triste, apagada) María, contame, ¿qué te pasa? (Baja la mirada, ladea la cabeza y aprieta los labios. Las lágrimas corren por su cara)

María: Mi amiga...llevaba con ella 60 años. Estaba siempre conmigo. La quería como a una madre. (Su voz es cada vez más ahogada por el sollozo y se seca las lágrimas). Y ya no está conmigo.

AP.: María, no estés triste. Es ley de la vida; unos se van más pronto que otros. Dios se la ha llevado con Él.

M.: ¡Ya me podía haber ido yo antes! (sollozando) La quería mucho. Era tan buena...

AP.: Quizás Dios la necesitara a ella y no a vos. (Se va calmando y me mira fijamente).

M.: Dios tendrá a mucha gente a su lado y yo estoy sola. Él no necesita a nadie. Yo solamente la tenía a ella. ino es justo que Dios me la quite!

AP.: No hay que juzgar a Dios, María. Quizás esté probando tu fe.

M.: Esto es una prueba muy dura (Está más tranquila; me sujeta la mano fuertemente).

AP.: Además, María, no estás sola. Tenés una buena compañera de habitación. He visto que el personal de la planta te trata con afecto, y me tenés a mí para lo que necesites...

M.: Sí, ya...(baja la mirada y me suelta la mano). Pero todos desaparecen antes o después. Todas las personas buenas se marchan y te dejan sola. A ella la tenía siempre. (Se entristece).

AP.: No, mujer, siempre que nos necesites nos tendrás. Esta noche le podrías ofrecer tus sufrimientos al Señor. Verás cómo te tranquilizás. (Le doy un apretón de manos y me retiro saludándolas a las dos).

PARA TRABAJAR EN EQUIPO:

1. ¿Cuáles son las necesidades mayores de María?
2. ¿Tiene María poca fe?
3. ¿Cómo ven la actuación del Agente Pastoral? ¿En qué debería mejorar?
4. ¿Qué imagen de Dios ha transmitido el Agente pastoral?

TRABAJO PRÁCTICO No. 2

- A) A partir de lo reflexionado en el apartado anterior, y teniendo en cuenta las pautas propuestas, llevarlas a la práctica en una situación real, interactuando con alguien que necesite ser escuchado.
- B) Compartir en el grupo la experiencia destacando los aspectos positivos y las dificultades observadas.
- C) Elaborar grupalmente las conclusiones de lo compartido

AÑO DE LA FE

3º: LA FE UNIDA AL SERVICIO:

Cuando Jesús en la última cena se dispone a lavar los pies a los discípulos (tarea solamente destinada para los esclavos), se encuentra con la actitud reticente de Pedro que en ese momento no alcanzaba a valorar el gesto profético del Maestro. (Jn. 13, 1-18). En esta escena tan conocida que la Iglesia en su liturgia revive cada Jueves Santo en el corazón de la Semana Santa, se nos enseña todo un camino por recorrer con el ejemplo de "Aquel" que no vino a ser servido sino a servir. El servicio que debe practicar el cristiano a ejemplo de Cristo muy unido al tema de la solidaridad que desarrollamos en la reflexión anterior, es sin duda todo un camino y un proceso que debemos ir transitando iluminados siempre por la virtud de la fe. Una fe verdaderamente cristiana no puede ser egoísta, o individualista menos aún interesada. La fe debe ser la virtud que nos lleve a estar siempre al servicio de los demás como una vocación que, inspirada en el ejemplo del Señor Jesús, no admite ni componendas, ni excusas, ni postergaciones y menos aún intereses personales o egoístas. En el vers. 15 de esta escena del Evangelio citada, Jesús se pone a sí mismo como el ejemplo a seguir: "Les he dado el ejemplo, hagan ustedes lo mismo". Pero otro aspecto muy importante que nos habla el Señor es la alegría (que reflexionaremos en la próxima meditación), como dándonos a entender que el verdadero servicio al hermano debe producir más alegría en quien sirve que en quien es servido: "Ustedes serán felices si, sabiendo estas cosas, las ponen en práctica" (vers. 17).

Hoy con la excusa de estar siempre apurados y de no tener tiempo para nada vamos relegando esta virtud tan importante, la vamos dejando para momentos futuros y es por eso que nos cuenta introducirla en nuestra vida de fe como algo característico de nuestra vocación cristiana. Hay una frase interesante atribuida a Jesús que curiosamente no está en los Evangelios esta frase nos llega a través del libro de los Hechos de los Apóstoles aunque por supuesto no contradice para nada lo enseñado por Jesús, al contrario, lo confirma: "La felicidad está más en dar que en recibir" (Hech: 20,35). En esto consiste nuestra vocación y nuestra razón de ser cristiana para que realmente seamos sal de la tierra y luz del mundo.

Algunas preguntitas para nuestra reflexión personal o grupal:

- En mis acciones de cada día: ¿ Soy de tener la iniciativa para servir antes que otros o espero que alguien lo haga antes que yo?.
- En mi actividad pastoral: ¿Realizo las obras de caridad, asistencia, ayuda con espíritu de servicio o es más por obligación?.
- ¿Sirvo con alegría?.

EL ACOMPAÑAMIENTO PASTORAL AL ANCIANO

En no pocos ámbitos de nuestro tiempo (económico, político, científico) se observa un deterioro de los lazos sociales en tanto se privilegian nociones como "rendimiento", "productividad", "relación costo-beneficio". En este contexto, a menudo la persona ocupa un lugar secundario frente a las estructuras generadoras de poder y de lucro. La persona como ser libre y trascendente, como ser de posibilidades, como ser integral, a menudo es dejada de lado, y solamente se la considera como un elemento más en un mundo que privilegia el cálculo por sobre las relaciones humanas.

Esta situación tiene un abanico de causas, entre las cuales destacamos el gran desarrollo científico y tecnológico, que siguen creciendo de manera desproporcionada en comparación con los aspectos humanitarios, ético-morales, espirituales, etc., que han pasado a segundo plano.

Se privilegia la cultura de lo material, de la apariencia, de la imagen. En este contexto los que más pierden son los débiles (pobres, discapacitados, niños, ancianos) porque no pueden superar con éxito la lucha despiadada que tienen que afrontar para vivir con dignidad.

La vida es una totalidad que se desarrolla en el tiempo, en secuencias en las que se conjugan la estabilidad y el cambio. Todo el curso vital humano oscila, tiene movimiento y varía en el transcurso del tiempo, en ciclos que se suceden; somos una totalidad que se desenvuelve en el tiempo, somos niños, adolescentes, jóvenes, adultos, ancianos. Cada etapa es necesaria, tiene un valor en sí misma, y posee características propias.

La vejez es una secuencia que completa el ciclo vital del hombre. El anciano se enfrenta a profundos cambios internos y externos que le proponen una nueva adaptación al mundo y una reacomodación a su propia persona.

En esta etapa de la vida se experimentan cambios sensibles en el cuerpo, tales como debilitamiento general, decaimiento del sistema inmunológico, fragilidad, disminución de las capacidades en general (vista, oído, movilidad), impedimentos que generan la dependencia de otras personas que los asistan.

Desde la psicología se afirma, en general, que es una etapa de la vida en la que se producen pérdidas importantes, y en la que la expectativa se dirige hacia un punto final que es la muerte. Sin embargo, si bien hay carencias, hay también posibilidades de cambios que ayudan a establecer un nuevo equilibrio con el mundo; el anciano se vuelve más reflexivo, más volcado a su mundo interior para posicionarse frente a sus limitaciones, pero también para abrirse al desarrollo de potencialidades aún no desplegadas.

Desde lo social, se observa que el rol del anciano se va recortando; a menudo es dejado de lado o no es tenido en cuenta, y no se considera que sea una persona útil y merecedora de toda consideración. La soledad, el cese de su trabajo habitual, la pérdida de los coetáneos, el olvido por parte de los hijos, son algunas de las vivencias dolorosas que a menudo acompañan a la vejez. Pero también el paso de los años puede contribuir a un incremento de sabiduría y de vitalidad interior. Por otra parte, el tiempo disponible es ocasión para una mayor experiencia de Dios, a través de la oración, las prácticas piadosas, los sacramentos y la lectura de la Palabra.

La Iglesia valora muy especialmente la sabiduría de los ancianos y los valiosos aportes que ellos nos ofrecen. Un cuerpo que envejece nos vuelve conscientes de que somos perecederos y que tenemos que aceptar nuestras limitaciones. Los ancianos nos invitan a apreciar lo que tenemos no como un derecho sino como un don. Nos recuerdan que la verdadera seguridad se funda en la confianza en Dios, que nos da la fuerza interior necesaria para afrontar las separaciones y las pérdidas. Ellos iluminan el verdadero sentido de la existencia, que se expresa en valores, actitudes y formas de ser, antes que en hacer o en tener.

En un mundo sacudido por la competitividad y la violencia, los ancianos, con la suavidad y humildad de sus actitudes, pueden llamarnos a la serenidad y a la paz interior.

Es preciso situar a la vejez en el marco de un designio preciso de Dios, que es amor, viviéndola como una etapa del camino por el cual Cristo nos lleva a la casa del Padre.

El aporte que los ancianos pueden hacer al proceso de humanización de nuestra sociedad y de nuestra cultura es más valioso que nunca, y emana de los carismas propios de la vejez:

-La gratuidad: el anciano que vive el tiempo de la disponibilidad, puede ayudar a una sociedad "demasiado ocupada" a romper con la indiferencia que se desentiende del hermano y frena los impulsos altruistas.

-La memoria: los ancianos son el reservorio que guarda las tradiciones y la historia de una comunidad, sin la cual esta perdería su identidad peculiar.

-La experiencia: las vivencias acumuladas por el anciano son un pozo de sabiduría en el que las generaciones más jóvenes encontrarán orientación y respuestas a muchas de sus inquietudes.

-La interdependencia: El anciano, que en muchos aspectos no puede valerse por sí mismo, nos hace tomar conciencia de la naturaleza social del hombre, que necesita siempre de un "otro"; y de la necesidad de restablecer la red de relaciones interpersonales y sociales, a menudo dañadas por el egoísmo y la pretensión de autosuficiencia.

-Una visión más completa de la vida: la vejez es la edad de la sencillez, de la contemplación. Los valores que viven los ancianos son un recurso

indispensable para el equilibrio de las sociedades, de las familias, de las personas: responsabilidad, amistad, paciencia, sabiduría, respeto a la creación, edificación de la paz. El anciano capta muy bien la superioridad del "ser" con respecto al "tener" y al "hacer".

LÍNEAS PARA UNA PASTORAL DE LA VEJEZ

Pastoral de presencia

El primer paso será la disponibilidad para estar con el anciano; escucharlo, hablar con él, conocerlo, y sobre todo, amarlo. Acercarnos a su realidad sin juzgar ni imponer. Lo más importante es saber escuchar, para ayudar al anciano a que profundice en su vida, en sus problemas y en sus posibilidades. Así podremos acompañarlo, alentarle, compartir los momentos buenos y los malos.

Pastoral de conocimiento y comprensión

El anciano desea ser comprendido y acogido tal como es. Del conocimiento hemos de pasar a la aceptación: dialogar con el anciano sin enjuiciarlo, sin calificarlo, amarlo tal cual es, sin reparos, es condición necesaria para lograr su aceptación y su confianza y para reafirmarle su propia dignidad. No olvidar que la persona humana, desde el nacimiento hasta su ocaso, es don de Dios, imagen y semejanza suya; hemos de esforzarnos para que cada momento de su existencia sea vivido con dignidad y plenitud.

Pastoral activa y creativa

La pastoral del anciano está llamada a rescatar el protagonismo de los viejos, a darles nuevas posibilidades de desarrollo que hagan de la vejez un tiempo de realización y plenitud.

Es deber de la Iglesia hacer que los ancianos adquieran una viva conciencia de la tarea que tienen, también ellos, de transmitir al mundo el Evangelio. Y hacer que tomen conciencia de la responsabilidad que les corresponde de ser testigos privilegiados de la fidelidad de Dios. Los ancianos son apóstoles insustituibles, sobre todo entre sus coetáneos, pues nadie conoce mejor que ellos los problemas y la sensibilidad de esa fase de la vida humana.

La pastoral de ancianos se propone, como objetivo general, la evangelización de esta etapa de la vida, a partir de un testimonio de servicio y acompañamiento, que se concreta en brindarles una atención integral y abierta a la dimensión trascendente, al encuentro definitivo con Dios. Este objetivo involucra a toda persona que se acerque a un anciano para compartir un gesto o una palabra de amor, de amistad, de cariño, de fe y de esperanza, para cuidarlo y acompañarlo, para ayudarlo a salir de la marginación, del abandono y del olvido de muchos de los que lo rodean, y pueda así discernir su potencial capacidad para trascender esta vida.

Para lograr este objetivo general, proponemos algunas acciones concretas:

- Promover grupos de ancianos con el fin de fomentar la reafirmación personal y buscar con ellos soluciones a sus problemas
- Desarrollar conciencia de responsabilidad en la familia, con respecto a su anciano, y si es el caso, con la institución que lo cobija
- Procurar que el anciano continúe siendo un sujeto activo en la sociedad, mediante su inserción en grupos de recreación y/o de trabajo (por ej. Sociedades de fomento, bibliotecas populares, ong, peñas) y apelando a procesos educativos y de adiestramiento técnico.
- Fomentar los buenos hábitos de los ancianos en aspectos como salud, hogar y adquisición de nuevos conocimientos, para que continúen viviendo con dignidad y decoro
- Fortalecer las relaciones intergeneracionales, de modo que se brinde a los jóvenes y a los ancianos la oportunidad de compartir y actuar juntos
- Crear conciencia en la comunidad sobre la problemática de la ancianidad, de manera que se integre al anciano en la vida diaria acogiéndolo y contribuyendo a su bienestar
- Prestar atención especial a la vida espiritual de los ancianos, apoyando sus actividades religiosas, orientándolos en la búsqueda del sentido de su vida y en la reconciliación con los acontecimientos vividos a lo largo de su existencia, de manera que se viva esta etapa con paz, con dignidad y con sentido de esperanza.
- La parroquia procurará reunir a sus ancianos, encomendarles algunas intenciones especiales a sus oraciones, asignarles responsabilidades acordes con sus aptitudes, ofrecerles espacios de diálogo y recreación y de crecimiento espiritual, brindarles la oportunidad de ejercer su misión de apóstoles.

Para que la tarea pastoral con ancianos tenga profundidad y estabilidad, conviene tener en cuenta algunas cuestiones relativas al equipo de agentes de P. de la Salud:

- La maduración personal de quien presta el servicio; debe tender a la autoaceptación y a la autonomía, en el marco de su propio proyecto de vida.
- Debe propiciarse el encuentro afectivo; en el interior del equipo de agentes de pastoral de la salud debe valorarse el diálogo y el apoyo mutuo en el crecimiento y en la convivencia fraterna, así como la transformación de los objetivos individuales en objetivos grupales que sustenten el trabajo en equipo.

-Debe recordarse en todo momento que el núcleo principal de esta acción misionera es el anuncio de la Palabra de Vida, tarea con la que las personas mayores también han sido llamadas a colaborar.

-Es imprescindible que el equipo se reúna para orar y reflexionar la Palabra, sin lo cual su acción se debilitará y perderá eficacia.

- El equipo debe reunirse periódicamente para ver el camino recorrido, evaluar el trabajo realizado y determinar si el servicio, lejos de acrecentar una mayor dependencia, realmente anima al anciano en la búsqueda del Reino, en la aceptación de la vida y en la expresión del amor.

Algunas cuestiones a tener en cuenta a la hora de visitar a un anciano:

-“Personalizar”, no proceder de igual forma con todos los ancianos; cada uno es diferente y necesita ser aceptado y respetado en sus particularidades.

-Dejar de lado, por el momento, su edad, llamarlo por su nombre, tratarlo según las cualidades que va manifestando, sin prejuicios, sin poner rótulos; estar atentos para lo que el cuidado y el acompañamiento requieran en cada caso.

-Brindar una mejor calidad de vida al anciano: visitarlos, programar alguna actividad en conjunto, acompañarlos, ayudarlos para que se sientan personas que quieren y pueden “hacer”. Un saludo cariñoso, un gesto amable, una conversación, un mate compartido, una felicitación, una palabra de aliento, son como una caricia que revitaliza y genera actitudes positivas ante las limitaciones que impone la edad.

-Orientarlos en su revalorización para que no pierdan el sentido de la vida como seres útiles. No olvidar que el anciano, si no está disminuido mentalmente, es un adulto pleno, con enorme experiencia y sabiduría de vida que puede poner al servicio de las generaciones más jóvenes.

Bibliografía básica:

Sandrín, L. y otros: Comprender y ayudar al enfermo, Ed. Paulinas, 1989

Consejo Pontificio para los Laicos: La dignidad del anciano y su misión en la Iglesia y en el mundo, Ed. Paulinas, 1999

Zatti, D. : Ancianidad ¿el ocaso de una vida?, Ed. Claretiana, 2003

Secretariado Latinoamericano para la Renovación: Pastoral de la Salud, Selare, 1999

UNION DE ENFERMOS Y ANCIANOS MISIONEROS (UEAM)

La Unión de Enfermos y Ancianos Misioneros nació en 1928, del amor a las misiones y a los misioneros, de un alma generosa con un gran amor a Jesús: Margarita Godet; inmovilizada ella misma por la enfermedad, fue fiel discípula de Jesús en el anuncio del Evangelio a todos. Posteriormente, este servicio se extiende a los ancianos, de ahí su nombre. Es uno de los servicios de la Propagación de la Fe, perteneciente a las Obras Misionales Pontificias.

En nuestros días tenemos el magnífico ejemplo del querido Papa emérito Benedicto XVI quien en sus palabras de despedida manifestó su decisión de continuar sirviendo a la Iglesia mediante la entrega de su vida a la oración.

En nuestras parroquias la Unión de Enfermos y Ancianos Misioneros es un servicio de animación y cooperación misionera cuyos destinatarios son los enfermos en cualquier etapa de la vida y los ancianos, para que también ellos puedan ser misioneros desde su enfermedad o limitación.

Tiene como objetivo buscar que los enfermos, los que sufren, los limitados físicos, descubran el llamado del Señor a participar de esta obra, desde esta dimensión profunda de su realidad, sintiéndose miembros dolientes pero útiles y vinculados a la comunidad cristiana para participar activamente en la acción apostólica y misionera de la Iglesia. Es más, ellos desde su condición, pueden ser misioneros con sentido universal. Juan Pablo II decía a los enfermos: "cuento con Uds para que el nombre de Cristo sea proclamado hasta los confines de la tierra".

El enfermo, el anciano, el limitado tiene la enorme y maravillosa posibilidad de identificarse con el Cristo sufriente de la cruz y hacer propias las palabras del apóstol Pablo: "estoy crucificado con Cristo y ya no vivo yo sino es Cristo que vive en mí".

El enfermo será testimonio valiosísimo de fe por todo el amor, paciencia y serenidad que pone para sobrellevar sus dolores, sufrimientos, soledades, molestias, sus abandonos, limitaciones, sus lágrimas; porque obtiene la fuerza para sobrellevarlos de la íntima unión con el Señor misericordioso, que prometió estar a nuestro lado en todo tiempo y circunstancia.

El enfermo y el anciano deben asumir que están llamados a ser santos, a vivir como Jesús vivió en su vida cotidiana, sabiendo que la enfermedad no es un castigo, no es un tiempo sin sentido, sino que la enfermedad y la vejez, con sus consecuencias, son propias de la naturaleza humana, y que Dios Padre siempre estará al lado para reconfortar, consolar y dar fuerzas.

El primer horizonte del servicio misionero de cada enfermo es, naturalmente, su familia, sus seres queridos y quienes lo rodean; luego las necesidades de su comunidad parroquial. Y aunque parezca difícil, (a veces cuesta que el enfermo o anciano entienda este llamado del Señor a esta altura de la vida y en esta situación de vulnerabilidad) habrá que acompañarlos en el descubrimiento del ser misionero con sentido universal, para que comprendan que con su fe confiada y su oración están apoyando la obra de evangelización y colaborando para la conversión de los miles de millones que todavía no conocen a Jesucristo.

.....

Compromiso del discípulo misionero:

- ◆ Ofrecer diariamente sus oraciones, su vida con toda la realidad por los misioneros de todo el mundo y por la conversión de los no creyentes.
 - ◆ Pedir por la santificación y aumento de los misioneros.
 - ◆ Ser misionero en su entorno con el testimonio de su vida dando muestras de fe, esperanza y amor.
-

Inscripción:

Para formar el grupo se invitará a completar la siguiente ficha de inscripción:

Nombre y apellido.....

Fecha de nacimiento.....

Edad.....

Domicilio.....

Ciudad.....

Código postal..... Te..... E-mail.....

Tiene alguna enfermedad ¿Cuál?.....

Es importante comunicarse al menos mensualmente con cada uno de ellos para hacerlos partícipes de los acontecimientos de la comunidad parroquial y también de las necesidades por las que se pide sus ofrecimientos. Para los cumpleaños u otras fechas importantes les alegra mucho recibir un mensaje o saludo de la comunidad. Es una forma concreta de integrarlos a la vida comunitaria.

Sería muy bueno que en cada parroquia se aproveche esta fuerza de colosales proporciones, que no tiene fronteras, si se mira con los ojos de la fe. Es una fuerza motriz que pone en movimiento y hace avanzar la vanguardia de la Iglesia: su acción misionera.

TRABAJO PRÁCTICO No. 3:

-Averiguá qué iniciativas hay en tu parroquia a favor de los ancianos

-Qué otras iniciativas podrías proponer dentro de lo que sería viable en tu comunidad?

FECHA DE ENTREGA DE LOS 3 TRABAJOS PRÁCTICOS:
primera semana de agosto